

# Cuerpos y emociones frente a la vulnerabilidad social: experiencias encarnadas de la crisis

*Bodies and emotions in the face of social vulnerability: embodied experiences of the crisis*

**Marta ROMERO-DELGADO**

*Universidad Complutense de Madrid, España*

[martaromerodelgado@ucm.es](mailto:martaromerodelgado@ucm.es)

**Concepción CASTRILLO BUSTAMANTE**

*Universidad Nacional de Educación a Distancia, España*

[ccastrillo@poli.uned.es](mailto:ccastrillo@poli.uned.es)

**Daniel CALDERÓN GÓMEZ**

*Universidad Complutense de Madrid, España*

[danielcalderon@ucm.es](mailto:danielcalderon@ucm.es)

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.25(1): a2512]



Artículo ubicado en: [encrucijadas.org](https://encrucijadas.org)

Fecha de recepción: 15 de noviembre de 2024 || Fecha de aceptación: 16 de abril de 2025

## Resumen

Este artículo presenta un análisis cualitativo crítico de las experiencias encarnadas y emocionadas de afrontamiento de la crisis económica de 2008, desde una perspectiva teórica que conecta los efectos corporales de la precariedad y las estrategias emocionales de afrontamiento de los hogares en situación de vulnerabilidad. Se ha utilizado una muestra cualitativa de 24 entrevistas a hogares en situación de vulnerabilidad en España en dos ámbitos, uno rural y otro urbano. Aunque partimos de la consideración de la edad, nacionalidad, nivel de estudios, situación laboral, estatus residencial, composición del hogar y tipo de ingresos, la principal dimensión de análisis en la vivencia y afrontamiento de la crisis es el género. Como resultados principales, se describen cuatro formas de corporalidades emocionadas (cuerpos ascéticos, sacrificados, humillados/activados y vinculados) que atraviesan la experiencia de la vulnerabilidad. Cada una de estas categorías se relacionan con una serie de estrategias de afrontamiento de la crisis y con diferentes experiencias emocionales.

**Palabras clave:** cuerpo, emociones, vulnerabilidad, género, crisis económica.

## Abstract

This paper presents a critical qualitative analysis of the emotionally embodied experiences of coping with the 2008 economic crisis, from a theoretical perspective that connects bodily effects of scarcity and emotional coping strategies of vulnerable households in situations of vulnerability. We developed a qualitative sample of 24 interviews of households in vulnerable situation in Spain in two contexts, one urban and one rural. The focus of the analysis is gender, although variables such as age, nationality, educational level, employment status, residential status, household composition, and type of income were also considered. The main results describe four forms of emotional corporealities (ascetic, sacrificial, humiliated/activated, and linked bodies) that permeate the experience of vulnerability. Each of these categories is linked to a range of coping strategies and different emotional experiences.

**Keywords:** body, emotions, vulnerability, gender, economic crises.

## Destacados

- Se propone una clasificación de cuatro tipos ideales de “corporalidades emocionadas” en la vivencia de la crisis y la precariedad, que se despliegan en la intersección entre el padecimiento pasivo y la confrontación activa de la vulnerabilidad social.
- Entre los hombres encontramos una mayor reticencia a renunciar al ideal de sujeto moderno autónomo e independiente, de forma que la estrategia más frecuente es el retraimiento del entorno social, ligado a sentimientos de culpa y vergüenza.
- En las mujeres encontramos dinámicas de trabajo emocional que minimizan el propio sufrimiento. Por otra parte, las disposiciones de género que facilitan su mayor activación social y comunitaria intensifican su trabajo, pero son, a su vez, fuente de vinculación social para ellas gracias a la creación de redes de apoyo mutuo.

## Agradecimientos

Queremos agradecer al equipo español del proyecto RESCUE las innumerables charlas, debates y aprendizajes que hemos vivido a lo largo de estos años. Para este texto en concreto, agradecemos muy especialmente las ideas y sugerencias aportadas por Juan Carlos Revilla.

## Financiación

Este trabajo se enmarca dentro del proyecto “Patterns of Resilience during Socioeconomic Crisis among Households in Europe” (RESCuE), financiado por el VII Programa Marco de Investigación y Desarrollo Tecnológico de la Unión Europea (Grant Agreement No. 613245).

## Cómo citar

Romero-Delgado, Marta; Concepción Castrillo y Daniel Calderón (2025). Cuerpos y emociones frente a la vulnerabilidad social: experiencias encarnadas de la crisis. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(1), a2512.

## 1. Introducción

La crisis económica y social del 2008 al 2014, agravada posteriormente durante la pandemia de la Covid-19 a partir de 2020, ha exacerbado la tendencia hacia la individualización de las relaciones sociales. Las instituciones sociales orientan al individuo, modelando un “yo” obligado a buscar en sí mismo la forma de afrontar problemáticas de origen socio-estructural (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 31). En el ámbito del empleo, esta tendencia es consecuencia del debilitamiento de los soportes y apoyos colectivos en favor de una gestión individualizada del mundo del trabajo. Las trayectorias laborales son en mayor medida contingentes, sometidas a los imperativos de movilidad, adaptabilidad y disponibilidad. La individualización de las relaciones laborales profundiza en la desigualdad, aumentando la vulnerabilidad y la inseguridad, además de responsabilizar a los individuos de las consecuencias de sus trayectorias laborales (Castel, 2003).

Los argumentos que responsabilizan a los individuos de los problemas sociales que padecen aparecen tanto en ámbitos institucionales como en los discursos de sentido común. De estos ámbitos institucionales constituyen un ejemplo paradigmático las políticas de empleo de la Unión Europea, basadas en los principios de activación y de “flexiguridad”, que buscan no tanto asegurar el empleo como intervenir sobre los individuos para que modelen sus cualidades personales para volverse “empleables” (Crespo y Serrano, 2012). Asimismo, gran parte de los discursos sobre la crisis se centran en el consumo y sus excesos, frecuentemente responsabilizando a las clases populares, incultas e irresponsables, por haber “vivido por encima de sus posibilidades” (Alonso et al., 2011). Esta narrativa constituye un dispositivo moral de disciplinamiento, activando la culpa entre aquellos sectores más golpeados por la crisis, además de subestimar el carácter social e interdependiente de la vulnerabilidad social (Anderson y Honneth, 2005), acrecentada por las sucesivas crisis que han golpeado las sociedades occidentales desde 2008.

En este trabajo nos centramos en la llamada Gran Recesión, iniciada en 2008 en Estados Unidos y posteriormente propagada a nivel mundial, que evolucionó de una crisis financiera a una crisis social y política, con movilizaciones y protestas generalizadas por la implantación de medidas de austeridad y rescates bancarios exigidos por las instituciones internacionales como el BCE, FMI y la Comisión Europea, conduciendo a una mayor desafección y pérdida de confianza de la ciudadanía en la política y las instituciones (Romero-Delgado et al., 2024; CIS, 2011). España fue uno de los países más afectados de la Unión Europea (Uxó et al., 2015) debido al estallido de la burbuja inmobiliaria, que provocó una masiva destrucción de empleo, aumento de la pobreza, la exclusión y la desigualdad social, además de una ampliación de la brecha de género (VV.AA., 2011). En el contexto español, según datos del INE (2008-2024) el peor momento de la crisis se alcanzó el 2014, cuando el 29,2% de la población se encontraba

en riesgo de pobreza o exclusión social (tasa AROPE), frente al 23,8% de 2008, habiéndose duplicado la población en situación de carencia material y social severa, que pasó del 3,6% en 2008 al 7,1% en 2014. Los efectos de esta crisis no acabaron en 2014 con el inicio de la recuperación económica y la mejora de estos indicadores, pues durante la pandemia del Covid-19 nuestro país de nuevo fue uno de los más golpeados a todos los niveles respecto al resto de países europeos (Hernández y Casares, 2023): en 2021, un 27,6% de la población vivía en riesgo de pobreza o exclusión social y un 7,3% en situación de carencia material y social severa.

En este artículo partimos de una noción de vulnerabilidad que tiene en cuenta su doble dimensión antropológica y social (Santiago, 2021). Así, la vulnerabilidad es un elemento constitutivo de todo ser humano debido a la interdependencia y necesidad de cuidados y al mismo tiempo deriva de procesos sociales relacionados con el aumento de las inseguridades y el debilitamiento de ciertos vínculos sociales. El concepto de vulnerabilidad que manejamos hace referencia a procesos sociales más que a categorías de personas (por ejemplo, grupos de personas “excluidas”) (Castel, 1997). Sin embargo, hablar de vulnerabilidad no debe llevarnos a una negación de la agencia, pues las personas en situación de vulnerabilidad tienen capacidad para generar diferentes formas de soportes y resistencias, siendo precisamente desde la vulnerabilidad como se hacen posibles determinadas formas de agencia (Martínez, 2019; Butler et al., 2017). Además, la agencia es una característica del binomio estructura/acción y no una propiedad de las personas (Giddens, 1995), por lo que toda forma de acción implica un cierto grado de agencia.

Indagando en las estrategias de confrontación de las situaciones de precariedad y vulnerabilidad como formas específicas de agencia, Serrano, Martín y De Castro (2019) argumentan que, en el caso concreto español, existe una clara dualidad en el ejercicio de prácticas relacionales, colectivas y político-participativas: por un lado, se reafirman, reconfiguran e intensifican las “relaciones familiares, vecinales y amicales mientras que los vínculos asociativos se reducen” (p. 230); por otro lado, el descontento, desafección y deslegitimación en el sistema capitalista se materializa en nuevas formas de participación comunitaria y política. Dentro esta dualidad, muchos de los grupos más vulnerables reproducen el discurso de responsabilidad individual, invisibilizándose las causas socio-estructurales de su situación.

Para indagar en las experiencias vividas en los hogares vulnerables afectados por la crisis de 2008, presentamos una perspectiva sociológica que parte del nivel más íntimo e individual de la identidad (cuerpo y emociones) vinculándose con la responsabilidad social y colectiva que ha originado la situación de crisis anteriormente mencionada. Este planteamiento está inserto en el “giro afectivo” de las ciencias sociales (Cres-

po, 2018; Ahmed, 2015; Lara y Enciso, 2014; Clough, 2008), desarrollado a partir de los años 90 del siglo XX y que supone un cambio de enfoque, desde la mente y la subjetividad intelectual al cuerpo y subjetividad sensible de los actores sociales.

## **2. Cuerpos y emociones frente a la vulnerabilidad social**

La experiencia de la crisis y la vulnerabilidad social, así como los modos en que se hacen frente, implican necesariamente al cuerpo y a las emociones, por lo que para analizar estas experiencias necesitamos comprender la dimensión corporal/encarnada (Griffiths y Brown, 2016; García Selgas, 1994;) de la vulnerabilidad. Históricamente, gran parte del pensamiento occidental ha estado dominado por la dicotomía cartesiana mente/cuerpo (Hanna y Thompson, 2003), de forma que el cuerpo ha sido entendido como un mecanismo con funcionamiento propio, independiente de la mente, concebida como inmaterial. Uno de los primeros intentos de superación de este dualismo se lo debemos a la tradición filosófica de la fenomenología. Para Husserl (2009), el objeto de la filosofía no debe ser la realidad abstracta sino las vivencias intencionales de los sujetos, distinguiendo dos acepciones sobre el cuerpo: (1) el cuerpo como entidad física percibida (*Körper*), que tiene que ver con la corporalidad, y (2) el cuerpo como experiencia subjetiva vivida en primera persona (*Leib*), que tiene que ver con la corporeidad. Merleau-Ponty (1984) señalará posteriormente que las vivencias son siempre intersubjetivas, subrayando su carácter relacional y su inserción en un entorno socio-cultural que afecta a la experiencia del mundo que nos rodea (Leder, 1992). De un lado, los objetos del mundo existen en relación con el cuerpo que los experimenta, condición y componente central de la experiencia vivida, de los procesos cognitivos, de los estímulos, de la representación y la acción (García Selgas, 1994: 48). De otro lado, el cuerpo vivido es además siempre un cuerpo en situación, que experimenta en contextos sociales y culturales específicos. Se trata de un cuerpo “enculturado” en diferentes posiciones e interacciones sociales, lo que desafía la dicotomía naturaleza/cultura (Young, 2002).

Para Le Breton (2002), en la actualidad podemos hablar de una nueva dicotomía (cuerpo/ser humano), lo que nos impele a situar las experiencias corporales en sus contextos de desarrollo y desde las diferentes posiciones sociales y relaciones de poder que atraviesan a los sujetos. Para Foucault ([1975] 2002), es en las relaciones de poder donde el cuerpo tiene un papel crucial debido a que estas los transitan, invierten, marcan, entrenan, torturan y obligan a llevar a cabo ciertas tareas y ceremonias. Los movimientos y las teorías feministas han situado las experiencias corporales en sus contextos específicos, señalando que social y culturalmente el cuerpo femenino, en todos sus aspectos (maternidad, parto, sexualidad), no se identifica únicamente con la esfera privada, siendo para las mujeres “tanto una fuente de identidad como una prisión” (Federici, 2010: 30). Precisamente las mujeres han sido definidas como

“alteridad” en base a la materialidad de su cuerpo y, particularmente, de la función reproductiva, que las ha colocado históricamente en el ámbito de la naturaleza (Venebra, 2021). Investigaciones en ámbitos específicos han servido para proponer conceptos que permiten esta contextualización de las experiencias corporales. Por ejemplo, en el ámbito del trabajo doméstico remunerado, Masi de Casanova (2013) desarrolla la categoría de *embodied inequality* (desigualdad encarnada), concepto que reconoce el cuerpo en el trabajo como recurso (recurso expuesto a las condiciones físicas del trabajo), como símbolo y lugar de performatividad y de expresión simbólica de la desigualdad.

Por otra parte, el cuerpo no puede pensarse independientemente de la dimensión emocional (Scribano, 2013). De hecho, se ha criticado a las teorías sobre el cuerpo no tener suficientemente en consideración las emociones y se han llevado a cabo investigaciones que ponen de manifiesto la necesaria imbricación de lo corporal y lo emocional. Thanem y Knights (2005), por ejemplo, han analizado la dimensión encarnada del trabajo emocional. Por su parte, Bendelow y William (1998) proponen una revisión del binomio estructura/agencia a través de la conceptualización de las “prácticas emocionalmente encarnadas”, enfatizando el papel de las emociones como base de la experiencia sensual del mundo.

Cuerpos y emociones tienen componentes, además de físicos y materiales, simbólicos. Son modelados por los distintos agentes socializadores, las normas socioculturales y los diferentes tipos de interacción que van ocurriendo en este proceso. Por ello, podríamos afirmar que en las emociones destacan los componentes socio-históricos y culturales (Ovejero, 2011). Según la teoría social sobre las emociones que plantea Sara Ahmed, “las emociones son cruciales para la construcción de lo psíquico y lo social como objetos, un proceso que propone que la ‘objetividad’ de lo psíquico y lo social es un efecto más que una causa” (2015: 34). Para esta autora, al igual que para Arlie Russell Hochschild (2018), las emociones deben considerarse colectivas porque no habitan en las personas, sino que se construyen y significan en las relaciones sociales, en la interacción entre los cuerpos. Será a través de los cuerpos como marcamos y concretamos emocionalmente distancias, lugares y personas.

La experiencia del mundo, por lo tanto, es necesariamente corporal-emocional, teniendo en cuenta que ambas dimensiones están íntimamente imbricadas y no pueden pensarse separadamente. De esta forma, también la vulnerabilidad se expresa y se experimenta a través de la corporalidad/emocionalidad. Nuestra corporalidad nos hace vulnerables en un sentido antropológico. Pero ello no ha de entenderse en términos de falta ya que, precisamente el hecho de que los cuerpos no sean independientes ni autosuficientes conduce a su carácter relacional y a su interdependencia (Esteban, 2016; Butler, 2014). Sin embargo, esta vulnerabilidad de los cuerpos no es uniforme ni universal, sino que está cultural y políticamente producida, como nos muestra el trabajo

de Bergoffen (2003) sobre las violaciones a mujeres y niñas en los conflictos armados. En consecuencia, la vulnerabilidad social se experimenta de forma encarnada, inscribiéndose en los cuerpos a través de diferentes disposiciones corporales incorporadas a lo largo de nuestra trayectoria social. Esta corporalidad de la vulnerabilidad no se expresa exclusivamente a través de la carencia, sino que configura el sentido práctico cotidiano, que guía las diferentes estrategias de los agentes, estrategias que no son racionales en un sentido universal sino razonables con relación a sus contextos específicos (Bourdieu, 2007).

Tomando en cuenta la importancia de poner las emociones y corporalidades en el centro del debate sobre la vulnerabilidad, el objetivo del presente artículo es examinar la experiencia encarnada y emocionada de la crisis, la precariedad y su afrontamiento. Lo cual implica analizar cómo la precariedad, la pobreza<sup>1</sup> y la crisis afecta a los cuerpos (entendidos estos no solo como cuerpos físicos sino como cuerpos vividos) en tres ámbitos: empleo, cuidados y ocio/comunidad. Además, tendremos en cuenta las estrategias y adaptaciones de los cuerpos ante la vulnerabilidad (estas estrategias pueden estar más o menos presentes y ser más o menos resistentes). Ambos no son procesos separados, sino que son dimensiones de los mismos procesos corporales.

### 3. Metodología

Se ha utilizado una metodología cualitativa basada en la técnica de la entrevista en profundidad con elicitación fotográfica (ver Serrano et al., 2016) a hogares en situación de vulnerabilidad. El trabajo de campo se enmarca en el proyecto europeo *Patterns of Resilience during Socioeconomic Crisis among Households in Europe* (RES-CuE) (Promberger et al., 2014), que incluía la implementación de técnicas de observación participante, entrevistas a personas expertas y entrevistas con elicitación fotográfica a hogares vulnerables en 9 países, estableciendo un caso urbano y un caso rural en cada país. En este artículo nos centramos exclusivamente en el trabajo de campo producido en España, que fue desarrollado en dos contextos geográficos, uno urbano y otro rural (12 hogares en cada caso), entre el último trimestre de 2014 y el primer trimestre de 2015. Como se ha comentado, se trata de uno de los momentos de mayor impacto en la población de la crisis económica de 2008, con un 29,2% de la población en riesgo de pobreza o exclusión social (tasa AROPE), el máximo histórico entre 2008 y 2024 (INE, 2008-2024).

En cada uno de los 24 hogares se planteó un diseño de investigación en tres fases: (1) entrevista cualitativa en profundidad a un miembro del hogar; (2) realización de fotos por parte de los sujetos sobre su vida cotidiana; (3) entrevista fotográfica cen-

---

<sup>1</sup> Existen múltiples definiciones de pobreza, entre las cuales hemos escogido la siguiente: situación de privación y falta de recursos que lleva a las personas a vivir fuera de los estándares socialmente establecidos. Esta situación deriva en exclusión social y es una consecuencia de las desigualdades de ingreso, riqueza, clase, género y etnia/raza, entre otros factores (Stezano, 2021).



trada en las imágenes producidas por los sujetos. Se realizaron un total de 40 entrevistas, pues en 8 de los hogares no se llegó a realizar la segunda entrevista. La modalidad de entrevista es abierta con una orientación biográfica, destacando la importancia de generar una situación de confianza y reciprocidad, evitando la imposición de temas y conceptos específicos como la pobreza, la exclusión y la precariedad. En la primera entrevista, se planteó una pregunta inicial en la que se presentaban los miembros del hogar, realizando un recorrido biográfico por la trayectoria vital de la persona entrevistada. Seguidamente, en el guión se recogían temas relacionados con la situación presente, como las prácticas y estrategias para afrontar situaciones adversas, aspectos culturales, estilo de vida, apoyos comunitarios e interpersonales, representaciones de la crisis económica y perspectivas de futuro. Al final de la entrevista, se invitaba a la persona a tomar fotos de su vida cotidiana, incluyendo aspectos como estilos de vida, prácticas en el hogar o actividades comunitarias. En la segunda entrevista, de orientación más abierta, se diseñó una dinámica de carácter particularizado a partir de las fotos producidas por los y las participantes, pidiéndoles que narraran los aspectos representados en las imágenes con el objetivo de profundizar en sus prácticas, referentes y aspectos significativos de su cotidianidad. Para este artículo, utilizamos exclusivamente los materiales discursivos de las entrevistas a hogares, mientras que dos análisis cualitativos en profundidad de las imágenes producidas por los propios sujetos pueden encontrarse en Serrano et al. (2016) y en Revilla y Romero-Delgado (2023). La muestra presenta un diseño estructural (Valles, 2014) basado en el hábitat (urbano/rural) y en la dimensión de género. La comparación entre los contextos urbano y rural, derivada del diseño del proyecto (aunque no será el motivo de análisis del presente trabajo), permite estudiar la dimensión socioespacial de la desigualdad (Jessop et al., 2008), indagando en las estrategias de confrontación de la precariedad de los hogares en relación con el entorno geográfico en el que desarrollan su vida y los recursos disponibles en el mismo. En cuanto a la dimensión de género, resulta esencial para profundizar en las dinámicas de los hogares, así como en la división sexual del trabajo productivo y reproductivo desplegada para hacer frente a la precariedad (Morini, 2014). Reconociendo la intrínseca diversidad dentro de las posiciones femeninas y masculinas así como el carácter relacional del género, en este trabajo señalaremos sin embargo algunos puntos en común que encontramos en las vivencias y prácticas desplegadas por parte de mujeres y hombres que han emergido en algunos momentos en el trabajo de campo. Si bien en un principio la crisis del 2008 afectó especialmente a los hombres por su incidencia en un sector muy masculinizado como la construcción, sus efectos repercutieron de manera más dramática en las mujeres, ya que la austeridad supuso la re-privatización de los cuidados a personas dependientes, sobre todo a personas enfermas, ancianas y niñas/os, cuidados que nunca habían abandonado el ámbito doméstico (Gálvez, 2013). En este contexto, "la salud es el punto que ha evo-



lucionado más negativamente para las mujeres” (Colectivo IOÉ, 2011: 188), destacando una peor percepción de su estado de salud y una mayor tasa de enfermedades y discapacidades.

**Tabla 1. Casillero tipológico. Perfiles de entrevistas en profundidad.**

Entrevista	Espacio	Sexo	Edad	Ingresos salariales	Otros recursos
R1	Rural	Mujer	50	Irregulares	No tiene
R2	Rural	Hombre	45	Esporádicos	Prestaciones sociales
R3	Rural	Hombre	41	Esporádicos	Prestaciones sociales
R4	Rural	Hombre	58	Esporádicos	Prestaciones sociales
R5	Rural	Hombre	52	Irregulares	No tiene
R6	Rural	Mujer	45	Esporádicos	Prestaciones sociales
R7	Rural	Mujer	36	Irregulares	No tiene
R8	Rural	Hombre	38	Regulares	No tiene
R9	Rural	Mujer	45	Regulares	No tiene
R10	Rural	Mujer	29	Irregulares	No tiene
R11	Rural	Mujer	36	Irregulares	Apoyo familiar
R12	Rural	Mujer	25	Irregulares	Prestaciones sociales
U1	Urbano	Hombre	35	Irregulares	No tiene
U2	Urbano	Mujer	32	Sin ingresos	No tiene
U3	Urbano	Mujer	36	Regulares	No tiene
U4	Urbano	Hombre	35	Regulares	No tiene
U5	Urbano	Hombre	43	Regulares	No tiene
U6	Urbano	Mujer	35	Regulares	No tiene
U7	Urbano	Mujer	35	Regulares	No tiene
U8	Urbano	Mujer	30	Sin ingresos	Prestaciones sociales
U9	Urbano	Hombre	37	Sin ingresos	Prestaciones sociales
U10	Urbano	Mujer	38	Sin ingresos	Prestaciones sociales
U11	Urbano	Hombre	72	Regulares	No tiene
U12	Urbano	Hombre	40	Regulares	No tiene

Fuente: elaboración propia

Por otro lado, con el fin de garantizar la heterogeneidad muestral se tuvieron en cuenta otras variables como la edad, la nacionalidad, el nivel de estudios, la situación laboral, el estatus residencial, la composición del hogar y el tipo de ingresos. El casi-

llero tipológico completo puede consultarse en Martín et al. (2020: 90-91), mientras que en la tabla 1 presentamos las variables utilizadas en este artículo: sexo, edad, ingresos salariales y otros recursos disponibles. Priorizamos estas variables porque entendemos que son fundamentales para entender el análisis cualitativo desarrollado, mientras que otras variables (nacionalidad, situación laboral, composición social, etc.) no se han podido estudiar en profundidad para este artículo.

En cuanto al análisis, se ha planteado un análisis sociológico del discurso de orientación socio-hermenéutica (Serrano y Zurdo, 2023: 43), conectando las prácticas discursivas de las personas entrevistadas (estrategias, experiencias emocionales y situaciones de vulnerabilidad narradas) con sus posiciones sociales de enunciación, enfatizando distintivamente la dimensión de género. Igualmente, la aportación crítica de las epistemologías feministas permite superar la visión androcéntrica y universalista del mundo que frecuentemente se ha venido haciendo desde todos los ámbitos de la ciencia (Harding, 1997). Es así como este tipo de conocimiento problematiza la realidad analizando los conocimientos situados donde se da protagonismo a la subjetividad y a la intersubjetividad con el fin de recuperar la perspectiva grupal y colectiva (Haraway, 1995).

En un primer paso, se han utilizado 21 códigos para clasificar el corpus de textos en base a los siguientes criterios:

- Asunción de responsabilidad: culpa volcada a instituciones (clase política-económica, servicios sociales, instituciones); culpa volcada a actores (ciudadanía, vecindad, migrantes); representaciones sobre migrantes y migración.
- Estrategias desarrolladas: hiperdisponibilidad laboral; restricciones económicas; restricciones/autodisciplina del cuerpo; búsqueda de recursos; comunidad religiosa o espiritual; vínculos vecinales; vínculos amistad; vínculos familia
- Experiencias emocionales: vergüenza; aislamiento; incertidumbre; indefensión y frustración; desconfianza; conformidad/resignación; rabia; esperanza/ilusión; lectura positiva.

En un segundo paso, se han conectado las diferentes experiencias emocionales con las estrategias desarrolladas, tomando en consideración las representaciones sobre la responsabilidad y la culpa. Así, se ha presentado una tipología de 4 corporalidades emocionadas (cuerpos ascéticos, cuerpos sacrificados, cuerpos activados/humillados y cuerpos vinculados) que se han analizado críticamente en base a la dimensión de género, pues no están presentes ni son vividas de la misma manera desde posiciones masculinas y femeninas a la hora de afrontar situaciones de vulnerabilidad.

4. Resultados

El análisis de los discursos de las personas entrevistadas nos ha permitido profundizar en su vivencia de los procesos de precariedad y carencia material experimentados, tomando en consideración los efectos producidos (y padecidos) sobre sus corporalidades, pero también en la movilización de prácticas y estrategias para confrontar estas situaciones. En el entrelazamiento entre el padecimiento pasivo —efectos de la vulnerabilidad— y la confrontación activa —prácticas y estrategias— de la misma emergen diferentes experiencias emocionales encarnadas (corporalidades emocionadas) que atraviesan la cotidianidad de los hogares y personas en situación de vulnerabilidad, las cuales hemos clasificado en cuatro tipos ideales: cuerpos ascéticos, cuerpos sacrificados, cuerpos activados/humillados y cuerpos vinculados (tabla 2). Estas cuatro corporalidades son el resultado del análisis cualitativo realizado e intentan dar sentido a la miríada de experiencias, prácticas y emociones narradas por las personas entrevistadas, muchas de las cuales se encuentran entrelazadas en la compleja realidad social. Hemos intentado atender tanto a los padecimientos estructuralmente condicionados (procesos de vulnerabilidad) como a la capacidad de agencia y confrontación de las y los actores sociales (estrategias movilizadas), introduciendo finalmente diferentes experiencias emocionales presentes en sus discursos, pues toda emoción se expresa encarnada en una experiencia fenomenológicamente vivida por las personas. Por otra parte, estas corporalidades no se asocian con tipologías específicas de hogares, sino que aparecen de forma transversal a los mismos. Sin embargo, sí encontramos, como explicaremos a continuación, elementos de género en su vivencia.

Tabla 2. Tipología de corporalidades emocionadas

Corporalidad emocionada	Procesos de vulnerabilidad	Estrategias movilizadas	Experiencias emocionales
Cuerpos ascéticos	Restricción de gasto	Aislamiento público	Vergüenza, culpa, soledad
Cuerpos sacrificados	Búsqueda de ingresos	Flexibilización de la disponibilidad / trabajo emocional	Abnegación, esfuerzo, sacrificio
Cuerpos activados / humillados	Búsqueda de ayuda institucional	Diversificación de recursos	Vergüenza, indefensión
Cuerpos vinculados	Apoyo socio-comunitario	Orientación hacia la familia y círculo social cercano	Aislamiento (vergüenza), protección (abrigo)

Fuente: elaboración propia.

#### 4.1. Cuerpos ascéticos

Para muchas familias, la crisis económica supuso un cambio sustancial en sus condiciones de vida. La pérdida de ingresos producida por el desempleo y la imposibilidad de hacer frente a los gastos cotidianos (hipoteca, alquiler, gastos de la vivienda, alimentación, etc.) hizo emerger una situación de precariedad que forzó a los hogares a establecer estrategias de restricción del gasto. Hablamos por lo tanto de cuerpos ascéticos como cuerpos en los que la extendida retórica de la austeridad se autoimpone por necesidad. Como muestran las experiencias de las personas entrevistadas, la crisis económica supone un punto de inflexión, concibiéndose una época previa de bonanza económica que se ve trastocada por un cúmulo de situaciones que afectan a las condiciones económicas del núcleo familiar, principalmente la pérdida del trabajo o el empeoramiento en las condiciones laborales, la imposibilidad de hacer frente a los gastos cotidianos de la hipoteca y el alquiler, etc. De este modo, las familias emprenden estrategias de restricción del gasto y de reducción del nivel de vida, estableciéndose una serie de prioridades sobre las actividades que deben abandonarse paulatinamente para amoldarse a la nueva situación. En primer lugar, se abandonan las prácticas de consumo y de ocio que conllevan gastos económicos, lo que conduce a una situación de sensación de aislamiento de la vida pública que aparece recurrentemente en las entrevistas.

Pues cambios de que la gente antes vivía muy bien y era muy de salir mucho. De convivir, de estar... de hacer fiestas... y eso sí que se nota mucho, tú antes salías a un bar y estaban llenos y ahora vas a un bar y... los propios del bar, es que no hay un duro. Entonces pues la gente en ese aspecto se nota mucho, que no sale, que no invierte... y luego que la gente de aquí no lo dice, que parece que si digo que estoy arruinado... que es que aquí son muy de reírse (R5: hombre, 52 años).

Estos procesos de retraimiento de la vida pública y restricción del gasto, que hemos denominado cuerpos ascéticos, están entrelazados con emociones como la vergüenza, la culpa y la sensación de soledad. Además, el género adquiere gran relevancia en la encarnación de estas emociones. Así, la vergüenza es señalada principalmente por los hombres, que muestran una mayor propensión a que los procesos de contención del gasto conlleven un aislamiento de la vida social, de forma que su propia identidad se ve trastocada por la imposibilidad de lidiar con los mandatos de género propios de la masculinidad hegemónica, especialmente en los casos de pérdida de trabajo.

Que se encuentra mal, que le hace falta... hay gente que sí y hay gente más orgullosa y prefiere callárselo... o buscarse la vida como pueda y no reconocer que le ha afectado la crisis o que lo está pasando mal. [...] A ver, sinceramente, a mí me da un poco de vergüenza. [...] no me ha dado vergüenza en su momento reconocer que no tengo, pero tampoco me apetece contarles su caso, mi caso, para que ella llegue a casa de su madre y le cuente lo que a mí me pasa. O que después su madre se junte con las amigas de mi suegra, que se junta y le... a ver. Tampoco me apetece (R10: mujer, 29 años).

Desde las posiciones femeninas la soledad no es una emoción tan presente, pues se muestra una mayor capacidad de agencia para desenvolverse en una situación de precariedad. La sensación principal tiende a ser la culpa, derivada de la imposibilidad de sacar adelante a la familia. De este modo, en el momento de pérdida de ingresos en los hombres aparece una actitud ascética de retraimiento de la vida social producto de la vergüenza, mientras que en el caso de las mujeres, como veremos a continuación, se intensifican los mecanismos alternativos de búsqueda de recursos relacionados con la culpa por no poder cuidar adecuadamente de la familia.

#### 4.2. Cuerpos sacrificados

La quiebra en las condiciones de vida de las familias ante la pérdida del trabajo o del negocio que mantenía la estabilidad económica se manifiesta en una necesidad de buscar nuevas fuentes de recursos, aceptando condiciones cada vez más precarias. Este proceso no se desarrolla de manera abrupta en todos los casos, sino que en muchas ocasiones asistimos a una dinámica paulatina de empeoramiento de las condiciones laborales ante el miedo de la pérdida del trabajo: se aceptan estancamientos o reducciones del salario, se flexibilizan progresivamente las jornadas laborales y se van aceptando condiciones cada vez peores. En el caso de las personas que han perdido su trabajo, la situación es aún peor, pues se ven forzadas a aceptar ofertas que en circunstancias previas habrían rechazado. En ambos casos encontramos cuerpos sacrificados, obligados a recorrer mayores distancias y aguantar más horas de trabajo, en condiciones más exigentes desde el punto de vista físico:

Y hoy en día tienes que trabajar por mil trescientos euros, pero diez, doce horas, quince horas, lo que te manden. Mi marido se va a Lisboa hoy y viene mañana y no ha descansado, y se vuelve a ir a trabajar (U3, mujer, 36 años).

Los procesos de precarización de las condiciones de trabajo sacan a la luz un tipo de corporalidades sacrificadas, vinculadas con experiencias emocionales como la abnegación, el esfuerzo y el sacrificio. Este tipo de emociones están presentes tanto en hombres como en mujeres, si bien se manifiestan de manera muy diferente en las entrevistas. En el caso de las mujeres, el sacrificio, el ser para otros, supone uno de los componentes centrales en la construcción social de las feminidades, por lo que esta necesidad de sacrificarse por la familia frecuentemente está normalizada. A menudo, en el caso de las mujeres estas corporalidades sacrificadas se expresan en la intensificación de las diferentes formas de cuidados que despliegan (cuidados directos, organización de los cuidados y cuidados emocionales) que, en muchos casos, se combinan también con la aceptación de condiciones de trabajo cada vez más precarias y con la restricción de los autocuidados hasta límites que afectan en gran medida su bienestar:

Incluso en ocasiones he dejado de comer o de tomar medicamentos que necesitaba [tiene problemas respiratorios y epilépticos] para que a mis hijos no les faltara de nada (U10: mujer, 38 años).

Además, las mujeres tienden a autorregular y modular sus emociones, evitando caer en estados de ánimo que no son “funcionales” para sacar adelante a la familia. Es decir, despliegan diferentes formas de trabajo emocional en el sentido del concepto desarrollado por Hochschild (2008):

Al verte que no tienes medicinas, al principio lloraba, me daba mucho por llorar, pero hay que sacar a los niños adelante y hay que hacerlo (U3: mujer, 36 años).

Por otro lado, en el caso de los hombres este sacrificio sí que supone una quiebra de expectativas laborales y de vida, por lo que sale a la luz un discurso mucho más crítico con la nueva situación personal. Desde las posiciones masculinas hay una mayor reticencia a renunciar al referente de sujeto moderno autónomo e independiente, con un proyecto de vida sólido y estructurado. Sin embargo, las críticas que encontramos tienden a dirigirse hacia la propia posición individual sin un claro cuestionamiento de la estructura del mercado de trabajo, sino que más bien sacan a relucir una sensación de injusticia, de no estar en el sitio que les corresponde. Esta sensación de desclasamiento está especialmente presente en el caso de los hombres con estudios superiores o que ocuparon en el pasado empleos cualificados. En sus experiencias narradas se manifiesta un claro agravio comparativo, reproduciéndose una cierta visión meritocrática que distingue entre buenos y malos trabajadores, entre quienes han estudiado y quienes no han invertido en su cualificación. De este modo, el problema no es tanto de la estructura del mercado de trabajo sino de que están en una posición que no les corresponde.

[...] Los primeros dos meses lo pasé muy mal porque yo cuando... Yo tengo estudios universitarios, yo fui preparado, y cuando yo vine me tocó trabajar, como la mayoría de la gente aquí, en la construcción. [...] faltando una semana para terminar los dos meses me mandaron a trabajar a un desagüe. Había que tapar unas grietas que tenían unas tuberías por abajo y me tocaba meter... me tocó meterme a mí, con botas de plástico y todo eso. Y salía un... yo tuve una semana que no pude, no podía dormir. (U1: hombre, 35 años)

#### **4.3. Cuerpos activados/humillados**

El trabajo asalariado no es la única fuente de recursos que tienen las familias, sino que la crisis económica conduce, en la mayor parte de ocasiones, a interactuar con diferentes entidades y organizaciones que proporcionan ayuda a familias en situación de vulnerabilidad. Destaca, por un lado, el contacto con las administraciones públicas a la hora de solicitar diferentes tipos de subsidios o ayudas a las que tienen derecho, pero que en muchas ocasiones implica una gestión muy burocratizada donde a las personas les piden hacer diversos trámites, además de tener conocimientos específicos sobre el tipo de ayudas, los plazos y los requisitos, lo que produce un importante desgaste físico y psicológico. Por otro lado, también destaca el contacto con diferentes tipos de entidades del ámbito asistencial (ONGs, fundaciones, parroquias, etc.) que proporcionan

recursos a las familias vulnerables, pero que someten a las familias a situaciones de señalamiento dentro del contexto comunitario que en ocasiones son difíciles de soportar.

De este modo, llamamos cuerpos activados/humillados a los procesos de búsqueda de recursos alternativos al trabajo productivo, pues se vinculan con experiencias emocionales como la vergüenza, la indefensión y la propia sensación de humillación ante un entramado organizativo muy complejo que deshumaniza a las personas. En el contexto de las administraciones públicas, sobresale especialmente la sensación de indefensión, pues en muchas ocasiones las familias carecen de los conocimientos básicos para poder afrontar la gestión de las propias ayudas a las que tienen derecho.

En el caso de recurrir a otro tipo de servicios asistenciales proporcionados por entidades (ropa, bancos de alimentos, asistencia para realizar trámites administrativos, etc.) el contacto interpersonal hace que la sensación entre las personas entrevistadas sea mucho menos deshumanizante, pero en cambio hace aflorar emociones como la vergüenza. Esto es especialmente relevante en el caso de los hogares que han sufrido procesos de desclasamiento acelerado y que tienen que recurrir, por primera vez en su vida, a este tipo de servicios asistenciales y de caridad. La rearticulación de la propia identidad y la toma de conciencia de la nueva posición es compleja, ahondando en la sensación de fracaso y en el sufrimiento.

Yo sí en un momento contado me encuentro en una reunión y tengo que hablar con quién sea esto... pero de ir y decirle [a la prima de su marido que es asistente social] a ver si me arreglas los papeles que me han dicho que pueden dar comida... pues como la conoces pues dices... joder, que estás pidiendo comida. ¿Sabes lo que te digo? Y te frena un poco al decir... a lo mejor si ella no estuviera ahí sí iría, pero me frena un poco el qué va a comentar con su familia. (R10: mujer, 29 años).

Como en el caso del resto de corporalidades emocionadas, el género también juega un papel fundamental en estos procesos de humillación. Así, en el caso de los hombres encontramos un retraimiento mucho mayor y una focalización de las narrativas en el sufrimiento personal y en la vergüenza, lo que conlleva que, en muchas ocasiones, sean las mujeres las que desarrollan estas estrategias de diversificación de recursos a través del contacto con entidades públicas y privadas. Frente a los cuerpos masculinos humillados, y enfatizando las agencias que se despliegan precisamente desde la vulnerabilidad (Martínez, 2019) podemos hablar de los cuerpos femeninos como cuerpos activados que muestran sus disposiciones a los cuidados para cubrir la búsqueda de recursos más allá de sus emociones.

A mí la Iglesia, la verdad, es de lo que más me ha ayudado. Y no me da vergüenza decirlo ni ir a la puerta con el carro y que me vean. Yo llevo vistiéndome de la iglesia tres años, sin ningún problema, porque no tengo para comprarlo [...] Y decir, no me tiene que dar vergüenza nada. Porque mi marido, yo ahora mismo lo mando a la iglesia y le da vergüenza. Eso no lo hace cualquiera, el ir a pedir (U3: mujer, 36 años).



Las mujeres de los hogares vulnerables, como ilustra el anterior fragmento, reivindican su papel aludiendo a la figura de la “madre coraje”, figura que se inscribe corporalmente a través de la puesta en práctica de las diferentes estrategias que hemos analizado hasta ahora (restricciones corporales, hiperdisponibilidad para cuidar, activación de recursos y trabajo emocional). Sin embargo, como hemos visto, en el caso de los hombres es más frecuente el retraimiento, que va de la mano de los discursos sobre su mayor sufrimiento en las crisis económicas debido a la amenaza hacia la masculinidad como cabeza de familia:

[Cuando la nevera está vacía] Eso pues también me hace sentir mal. A mí y a José más seguramente. [...] Porque yo creo que se siente más la responsabilidad de...de mantener a sus hijos y... a su familia, entonces yo creo que a lo mejor yo me lo puedo tomar más bueno pues... voy a casa de mi madre y hacemos una tortilla... pero a él sí que le hace sentir peor, esa situación (R10: mujer, 29 años).

La legitimidad otorgada a este sufrimiento masculino es la cara opuesta del trabajo emocional femenino sobre el cual hemos argumentado previamente, que busca esconder o modular el sufrimiento propio.

#### **4.4. Cuerpos vinculados**

Además del empeoramiento en las condiciones de vida, la precariedad también implica una rearticulación de los vínculos y de las relaciones personales, familiares y comunitarias, experiencias que hacen emerger nuevas facetas de la vida social y que no son siempre negativas. En este sentido, para muchas de las personas entrevistadas la crisis ha sido también una oportunidad para valorar las relaciones humanas más allá del prisma de la mercantilización de los espacios y de la vida. De hecho, en sus narrativas se destaca precisamente una recuperación del espacio comunitario y de unas relaciones sociales más “auténticas”, exentas de la mediación del dinero, que se materializa en la recuperación de la cultura del barrio y del pueblo, además de en la consolidación de la sociabilidad desinteresada desde el ámbito de lo local.

Ese es mi sentimiento real, o sea, claro, el estar más atento a cosas que pasan aquí en el barrio para poder también participar y colaborar en hacer las cosas de otra manera y que esto cambie. Y en los lazos afectivos de la gente. Me gusta encontrarme con la gente que he vivido y he crecido (U5: hombre, 52 años).

A los numerosos procesos que recuperan el espacio local como un entorno humanamente habitable los hemos aunado bajo el concepto de “cuerpos vinculados”, pues implican la restauración de las redes de sociabilidad como entramados de apoyo y cuidado mutuo. Si bien los cuerpos son tales siempre en relación con otros cuerpos, objetos y lugares (Blackman, 2008) a través de la categoría analítica de “cuerpos vinculados” queremos enfatizar la preponderancia de esta dimensión vincular en un sector de los hogares y personas entrevistadas.

En términos de experiencias emocionales, destacamos las de protección y abrigo que proporciona el círculo social cercano, pero en algunas ocasiones aparece la vergüenza, lo que engendra procesos de aislamiento y autoexclusión de la vida social. Con respecto a las emociones más positivas, en las entrevistas se narra un cierto cambio en la escala de prioridades, que hace que se recupere el valor de ciertas actividades revestidas de una nueva autenticidad, como puede ser pasear, ir al parque o simplemente el contacto interpersonal con la familia y las redes de pares.

No hay 'pasta' para comprar, pero hay que mirar, que es gratis. A veces nos vamos [...] a mirar las tiendas, a pasear, miramos alguna cosilla; más que nada, eso nos gusta, es lo que en los ratos libres que pasamos juntos. Nos echamos unas risas, a la peque que le gusta jugar, cualquier cosa que sea jugar conmigo, ella es feliz. Si a lo mejor cojo el balón, que muchas veces con los 'chuchos' me llevo el balón de fútbol, nos ponemos a jugar con el balón, pues ella feliz (U4: hombre, 35 años).

En cuanto a las experiencias negativas, el aislamiento de la vida social, como vimos en el primer punto, supone una estrategia principal de restricción del gasto, de forma que los hogares prescinden de aquellas actividades de ocio que implican un gasto económico elevado. Sin embargo, particularmente en el caso de los hombres encontramos un retraimiento del ámbito comunitario y del contacto con las amistades que tiene que ver con la sensación de vergüenza y culpa ante la propia situación de vulnerabilidad. En estos casos, encontramos una reducción del contacto con el espacio íntimo de la familia mientras que desaparecen de la vida pública. De nuevo, la experiencia de las mujeres entrevistadas es diferente, pues el espacio comunitario supone, en mayor medida, un espacio de apoyo mutuo y protección frente a la adversidad, densificándose las relaciones interpersonales como estrategia de confrontación de la precariedad económica. Los vínculos entre los cuerpos son una forma de agencia desplegada en situaciones de vulnerabilidad que precisamente facilitan el soporte y resistencia frente a la misma. El "ser" en relación a otros y las disposiciones femeninas al cuidado que se encuadran como uno de los vectores de la desigualdad de género y de la sobrecarga de las mujeres presentan en este caso un carácter ambivalente: son fuente de resiliencia familiar a costa del trabajo emocional y los sacrificios de las mujeres, pero son también fuente de resiliencia personal de las propias mujeres, que encuentran en los vínculos comunitarios, creados en base a esas mismas disposiciones, emociones positivas y lugares de integración. Cuestión que no es exclusiva de los momentos de crisis, sino que debido a los mandatos de género, como se ha constatado en diversos trabajos, las mujeres producen y se implican más que los hombres en actividades que redundan en un mayor capital social para otras personas antes que para sí mismas (Arneil, 2006; Rotolo, 2000;).

Nos juntamos tres vecinas y nos bajamos ahí [a la plaza] a, nosotras a hablar y los niños a jugar, porque son todos, más o menos, de la misma edad. Hay una que vive ahí enfrente, luego tengo una aquí abajo que es muy amiga mía, y ahí nos sentamos. Ese es mi tiempo libre. Antes podíamos hacer otras cosas, ahora ya no (U3: mujer, 36 años).

## 5. Conclusiones

La última Gran Recesión fue una crisis financiera, económica y social que tuvo lugar del 2008 al 2014, profundizando la tendencia neoliberal hacia la individuación de las dinámicas sociales, que conlleva un debilitamiento de lo colectivo en beneficio de una gestión individualizada de la vida social (Crespo y Serrano, 2012; Beck y Beck-Gernsheim, 2003). En este contexto, hemos planteado un análisis de las experiencias encarnadas y emocionadas de la vulnerabilidad en uno de los momentos de mayor impacto de esta crisis (entre 2014 y 2015). A lo largo de este trabajo, la vulnerabilidad social no ha sido entendida como debilidad sino como la capacidad de generar diversas maneras de soportes y resistencias, al mismo tiempo que la posibilidad de activar determinadas y específicas formas de agencia (Butler et al., 2017; Martínez, 2019). Desde esta perspectiva, hemos tratado de analizar la experiencia encarnada y emocionada ante la crisis, así como la precariedad y su afrontamiento. Asimismo, siguiendo a Castel (2003, 1997) hemos entendido la vulnerabilidad social fundamentalmente a través de dos dimensiones: la laboral y la vincular.

No obstante, en función de la corporalidad emocionada, ya sean cuerpos ascéticos, sacrificados, humillados/cuerpos activados o vinculados, los procesos de vulnerabilidad, las estrategias movilizadas y las experiencias emocionales serán disímiles. Como hemos visto, si se trata de la corporalidad emocionada característica de los cuerpos ascéticos, el proceso de vulnerabilidad que opera será la restricción de gasto, las estrategias movilizadas serán principalmente el aislamiento público y las experiencias emocionales primordiales serán la vergüenza, la culpa y la soledad. Mientras que, si la corporalidad emocionada son los cuerpos sacrificados, el proceso de vulnerabilidad por el que pasarán será la búsqueda de ingresos, movilizando las estrategias de flexibilización de la disponibilidad o del trabajo emocional, y las experiencias emocionales que aparecerán serán las de abnegación, esfuerzo y sacrificio. Siendo la corporalidad emocionada correspondiente a cuerpos activados, el proceso de vulnerabilidad que impulsa será la búsqueda de ayuda institucional, con una diversificación de recursos como principal estrategia movilizada y con la vergüenza y la indefensión como experiencias emocionales que aparecen (devienen entonces cuerpos humillados). Y finalmente, si la corporalidad emocionada atañe a los cuerpos vinculados, el proceso de vulnerabilidad desplegado será el apoyo sociocomunitario, con la orientación hacia la familia y el círculo social cercano como estrategias movilizadas y como experiencias emocionales el aislamiento y la protección.

Hemos visto cómo el género actúa de manera decisiva a la hora de desplegar unas estrategias movilizadas y tener unas experiencias emocionales determinadas. Ante situaciones de vulnerabilidad social, mientras que en los hombres es habitual un retraimiento del ámbito comunitario y del contacto con las amistades que tiene que ver con la sensación de vergüenza y culpa, para las mujeres, el espacio comunitario supone

en numerosas ocasiones un espacio de apoyo mutuo y protección frente a la adversidad, densificándose las relaciones interpersonales como estrategia de confrontación de la precariedad económica. Este retraimiento masculino y activación social femenina sigue la línea de otras investigaciones sobre precariedad y vulnerabilidad social (Aguado, 2019; Oso, 2018; Montaña y Milosavljevic, 2010). Además, la mayor capacidad de sacrificio y abnegación de las mujeres, incluso a pesar de las consecuencias para su salud física y mental, es racionalizada a través de una normatividad de género que prioriza el cuidado al núcleo familiar por encima de la propia integridad personal, en lo que Masi de Casanova (2013) ha denominado *embodied inequality* (desigualdad encarnada).

Por último, destacamos algunas limitaciones de la investigación. En primer lugar, la distintividad de la crisis de 2008 y sus consecuencias para los hogares en años posteriores plantea el problema de la generalización de los resultados a otros momentos y contextos sociales, pues el modelo de corporalidades emocionadas planteado deberá ser ampliado, matizado y revisado en futuros estudios dedicados al tema de las experiencias emocionales y corporales de la vulnerabilidad social, como por ejemplo la pandemia de la Covid-19 (Bericat, 2022). En segundo lugar, la propia conexión entre las dimensiones pasivas (efectos) y activas (estrategias de afrontamiento) de la vulnerabilidad es compleja y requiere ser tratada de manera crítica, pues puede conducir a la retroalimentación de discursos hegemónicos neoliberales sobre la responsabilidad individual, la autculpabilización y la psicologización de dinámicas socio-estructurales, como la investigación social ha puesto en evidencia (Crespo y Serrano, 2012; Alonso et al., 2011). Frente a estos discursos, defendemos la necesidad de plantear una visión crítica sobre la capacidad de afrontamiento y resiliencia ante la vulnerabilidad que reconozca la capacidad de agencia en términos colectivos y socialmente mediados. Finalmente, también podemos entender el binarismo del género como una limitación en nuestro análisis, por lo que la aplicabilidad del modelo de corporalidades emocionadas a otros colectivos vulnerables y minorías constituye una línea de investigación pendiente de cara al futuro.

## 6. Referencias bibliografía

Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. UNAM.

Aguado, Empar (2019). *Mujeres y hombres frente al desempleo. El caso español en la primera crisis del siglo XXI*. Tirant lo Blanch.

Alonso, Luis Enrique; Carlos Fernández y Rafael Ibáñez (2011). Del consumismo a la culpabilidad: en torno a los efectos disciplinarios de la crisis económica. *Política y Sociedad*. 48(2), 353-379. [https://doi.org/10.5209/rev\\_poso.2011.v48.n2.8](https://doi.org/10.5209/rev_poso.2011.v48.n2.8)

- Anderson, Joel y Axel Honneth (2005). Autonomy, vulnerability, recognition and justice. Christman y Anderson (eds.) *Autonomy and the challenges to liberalism* (127-148). Cambridge University Press.
- Arneil, Barbara (2006). Just Communities. Social Capital, Gender, and Culture. En y B. O'Neil y E. Gidengil (eds.), *Gender and Social Capital* (pp. 15-43). Routledge.
- Beck, Ulrich, y Elisabeth Beck-Gernsheim (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.
- Bendelow, Gillian A. y Simon J. William (1998). *The Lived Body: Sociological Themes. Embodied Issues*. Routledge.
- Bergoffen, Debra (2003). Toward a Politics of the Vulnerable Body. *Hypatia*, 18(1), 116-134. <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.2003.tb00782.x>
- Bericat, Eduardo (2022). Emociones y desigualdad socioemocional en tiempos de crisis: la COVID-19 en España. En J.F. Tezanos (ed.), *Cambios Sociales en tiempos de pandemia* (347-377). CIS.
- Blackman, Lisa (2021). *The Body. The key concepts*. Routledge.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.
- Butler, Judith (2014). Vida precaria, vulnerabilidad y ética de cohabitación. En B. Sáez i Tajafuerce (ed.), *Cuerpo, memoria y representación. Adriana Cavarero y Judith Butler en diálogo* (pp. 47-79). Icaria.
- Butler, Judith; Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay (2017). *Vulnerability in resistance*. Duke University Press.
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós.
- Castel, Robert (2003). *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'êre protégé?* Seuil.
- CIS (2011). Avance de resultados del estudio 2864. Barómetro de marzo de 2011. Centro de Investigaciones Sociológicas, ([enlace](#)).
- Clough, Patricia T. (2008). The Affective Turn: Political Economy, Biomedicine and Bodies. *Theory, Culture & Society*, 25(1), 1-22. <https://doi.org/10.1177/0263276407085156>
- Colectivo IOÉ (2011). Efectos sociales de la crisis. Una evaluación a partir del Barómetro social de España. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 113, 177-188.
- Crespo, Eduardo (2018). Un enfoque social sobre las emociones. En J.L. Álvaro (ed.), *La interacción social: escritos en homenaje a José Ramón Torregrosa*. (pp. 165-183). CIS.
- Crespo, Eduardo y Amparo Serrano (2012). La psicologización del trabajo. La desregulación del trabajo y el gobierno de las voluntades. *Teoría y crítica de la psicología*, 2, 33-48.

- Esteban, Mari Luz (2016). La reformulación de la política, el activismo y la etnografía. Esbozo de una antropología somática y vulnerable. *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, 19, 75-93.
- Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Foucault, Michel [1975] (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Galvez, Lina (2013). Una lectura feminista del austericidio. *Revista de Economía Crítica*, 15, 80-110.
- García Selgas, Fernando José (1994). El cuerpo como base del sentido de la acción. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 68, 41-84.  
<https://doi.org/10.2307/40183757>
- Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.
- Griffiths, Mark y Eleanor J. Brown (2016). Embodied experiences in international volunteering: power-body relations and performative ontologies. *Social & Cultural Geography*, 18(5), 665-682. <https://doi.org/10.1080/14649365.2016.1210670>.
- Hanna, Robert y Evan Thompson (2003). The Mind-Body-Body Problem. *Theoria et Historia Scientiarum*, 7(1), 23-42. <https://doi.org/10.12775/ths.2003.002>
- Haraway, Donna J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harding, Sandra (1997). *Ciencia y Feminismo*. Morata.
- Hernández, Teodoro y Esther Casares (2023). Resiliencia social en España en un marco comparativo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 184, 65-84.  
<https://doi.org/10.5477/cis/reis.184.65>
- Hochschild, Arlie R. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz.
- Husserl, Edmund (2009). *Meditaciones cartesianas: introducción a la fenomenología*. Fondo de Cultura Económica.
- Illouz, Eva (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Katz.
- INE (2008-2024). *Encuesta de condiciones de vida*. Instituto de Estadística.
- Jessop, Bob; Neil Brenner y Martin Jones (2008). Theorizing sociospatial relations. *Environment and Planning D: Society and Space*, 26(3), 389-401.  
<http://doi.org/10.1068/d9107>
- Lara, Ali y Giazú Enciso (2014). Ciencia, Teoría Social y Cuerpo en el Giro Afectivo: Esferas de Articulación. *Quaderns de Psicologia*, 16(2), 7-25.  
<http://doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1172>
- Le Breton, David (2002). *La sociología del cuerpo*. Ediciones Nueva Visión.



- Leder, Drew (1992). A Tale of Two Bodies: The Cartesian Corpse and the Lived Body. Leder (ed.) *The Body in Medical Thought and Practice* (17-35). Kluwer Academic Publisher.
- Martín, María Paz; Carlos De Castro y Daniel Calderón (2020). Ciudadanía del bienestar durante la crisis en España: el caso de los hogares vulnerables. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 169, 41-58. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.169.41>
- Martínez, María (2019). Presentación. Una (breve y no muy sistemática) aproximación a la noción de agencia desde la vulnerabilidad. *Papeles del CEIC*, 205, 1-9. <https://doi.org/10.1387/pceic.20616>
- Masi de Casanova, Erynn (2013). Embodied inequality: the experience of domestic work in urban Ecuador. *Gender & Society*, 27(4), 561-585. <https://doi.org/10.1177/0891243213483895>
- Merleau-Ponty, Maurice (1984). *Fenomenología de la Percepción*. Planeta Agostini.
- Montaño, Sonia y Vivian Milosavljevic (2010). *La crisis económica y financiera. Su impacto sobre la pobreza, el trabajo y el tiempo de las mujeres*. División de Asuntos de Género de Naciones Unidas.
- Morini, Cristina (2014). *Por amor o a la fuerza. Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*. Traficantes de sueños.
- Oso, Laura (2018). Mujeres migrantes en España. Bastiones de resistencia tras la crisis económica. *Anuario CIDOB de la Inmigración 2018* (pp. 130-143). Barcelona Centre for International Affairs.
- Ovejero, Anastasio (2011). La construcción social de las emociones. En A. Ovejero y J. Ramos (coords.), *Psicología social crítica* (pp. 154-182). Biblioteca Nueva.
- Promberger, Markus; Ursula Huws; Hulya Dagdeviren; Lars Meier y Frank Sowa (2014). *Patterns of resilience during socioeconomic crises among households in Europe (RESCuE): Concept, objectives and work packages of an EU FP 7 project*. IAB-Forschungsbericht, 5/2014, Institut für Arbeitsmarkt- und Berufsforschung (IAB), ([enlace](#)).
- Revilla Castro, Juan Carlos y Marta Romero-Delgado (2023). Visual Self-Representations of Households Living in Situations of Economic Vulnerability. *Journal of Poverty*, 29(2), 67-91. <https://doi.org/10.1080/10875549.2023.2261679>
- Romero-Delgado, Marta; Andy E. Castillo y Gomer Betancor (eds.) (2024). *Movimientos sociales en transformación. Protesta y movilización social en España (2000-2022)*. Federación Española de Sociología (FES) y Marcial Pons.
- Rotolo, Thomas (2000). A Time to Join, A time to Quit: The Influence of Life Transitions on Voluntary Association Membership. *Social Forces*, 78(3), 1133-1161.
- Santiago, José (2021). *Caras y soportes de la vulnerabilidad*. Catarata.
- Scribano, Adrián (comp.) (2013). *Teoría social, Cuerpos y Emociones*. Estudios Sociológicos Editora.



Serrano, Araceli; María Paz Martín y Carlos De Castro (2019). Sociologizando la resiliencia. El papel de la participación socio-comunitaria y política en las estrategias de afrontamiento de la crisis. *Revista Española de Sociología*, 28(2), 227-247. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2018.75>

Serrano, Araceli; Juan Carlos Revilla y María Arnal (2016). Narrar con imágenes: entrevistas fotográficas en un estudio comparado de "resiliencia" social y resistencia ante la crisis. *Empiria. Revista De metodología De Ciencias Sociales*, 35, 71-104. <https://doi.org/10.5944/EMPIRIA.35.2016.17169>

Serrano, Araceli y Ángel Zurdo (2023). *El análisis del discurso en la investigación social: teorías y prácticas*. Síntesis.

Stezano, Federico (2021). *Enfoques, definiciones y estimaciones de pobreza y desigualdad en América Latina y el Caribe: un análisis crítico de la literatura*. Documentos de Proyectos. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Thanem, Torkild y David Knights (2005). Embodying emotional labour. En D. Morgan y B. Brandth (eds.), *Gender, bodies and work* (pp. 31-45). Routledge.

Uxó, Jorge; Eladio Febrero y Fernando Bermejo (2015). Reforma laboral, devaluación salarial y empleo: una perspectiva macroeconómica. *Revista de Economía Laboral*, 12(1), 201-247. <https://doi.org/10.21114/rel.2015.01.07>

Valles, Miguel (2014). *Entrevistas cualitativas*. CIS.

Venebra, Marcela (2021). La violación originaria. Fenomenología del cuerpo sexualmente abusado. *Agora. Papeles de filosofía*, 40(1), 155-178. <https://doi.org/10.15304/ag.40.1.6673>

VV.AA. (2011). Impactos y consecuencias de la crisis. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 113, 5-199.

Young, Iris M. (2002). Lived body versus gender: reflections on social structure and subjectivity. *Ratio*, 15(4), 410-428. <https://doi.org/10.1111/1467-9329.00200>